

# *Atlantismo y europeísmo*

*Antonio Varsori*

Università degli studi de Padua

*Resumen:* Las relaciones entre Europa occidental y Estados Unidos a lo largo del conflicto bipolar han conocido diversas formas y estructuras cuyo eje principal ha sido el binomio Pacto Atlántico-Comunidad Europea. El resultado de esa relación desequilibrada ha sido una alianza peculiar sustentada en el *atlantismo* (una forma de decir que, en último término, Europa supedita sus diferencias con Estados Unidos a la defensa occidental y a la estabilidad de la alianza atlántica). Pero la vuelta de Europa a la prosperidad y la consolidación de un modelo social cada vez más distinto al estadounidense contribuyó al desarrollo de un esbozo de identidad europea. Un *europeísmo* que se fue fraguando a partir de las reiteradas crisis de confianza mutua: Comunidad Europea de Defensa, Suez, Vietnam, retirada de Francia de la estructura militar de la OTAN, *crisis de los euromisiles* (...) Con las transformaciones del sistema mundial en la posguerra fría parece que esa privilegiada relación se ha desprovisto del sentido de urgencia y exclusividad de épocas pasadas. Estados Unidos reafirma su liderazgo mundial, mientras se multiplican las dudas sobre si la Unión Europea se constituirá en un actor global de las relaciones internacionales o tan sólo representará un legado del pasado.

*Palabras clave:* relaciones trasatlánticas, construcción europea, OTAN, identidad europea.

*Abstract:* The relationships between Occidental Europe and United States during the Cold War have had several forms and structures which central theme was the Atlantic Pact-European Community pairing. The unbalanced relationship's consequences have been a particular alliance, based on *Atlanticism* (a way of say that, ultimately, Europe puts the occidental defence and the Atlantic Pact's stability before his differences with the

United States). However, the Europe's return to prosperity and the consolidation of social structure, more and more different to American structure, contributed to development of European identity's outline. An *Euro-peanism* which have been conceiving from the repetitive crisis of mutual trust: European Defence Community, Suez, Vietnam, France's withdrawal of the NATO's military structure, the *Euromissiles crisis* (...) Because of the changes of the world system during the post-Cold War, seems that this privileged relationship hasn't already had the urgency and exclusivity of the past. The United States confirm its world leadership while the doubts increase about if the European Union will become a global actor of the international relationships or will just represent a legacy of past.

*Keywords:* Transatlantic relations, European integration, NATO, European identity.

## Introducción

Hace sesenta años, el 4 de abril de 1949, se firmaba en Washington el tratado que daba origen al Pacto Atlántico. En el momento de la firma, la Segunda Guerra Mundial hacía sólo cuatro años que había terminado. Después de la rápida extinción de las esperanzas en una posguerra basada en los principios rooseveltianos, un nuevo conflicto —la Guerra Fría— parecía destinado a dominar las relaciones internacionales. Por lo que respecta a Europa, desmembrada y empobrecida por dos terribles conflictos que se habían desencadenado en su territorio en el transcurso de treinta años y dividida por la emergencia del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, parecía haber perdido ya la primacía y la centralidad en el contexto internacional que le habían pertenecido durante varios siglos. Además, se manifestaban los primeros síntomas serios de disgregación del sistema de imperios que había encontrado sus puntos de referencia en algunas de las grandes naciones europeas, en particular Gran Bretaña y Francia. La reacción a la «crisis de Europa» se había puesto de manifiesto, en ese momento, a través de la aparición o el renacimiento de movimientos europeístas que auspiciaban el fin de la rivalidad entre los Estados europeos y el nacimiento de una «unión europea»<sup>1</sup>, pero sus propues-

---

<sup>1</sup> Sobre los orígenes de los movimientos europeístas, cf. LIPGENS, W., y LOTH, W. (eds.): *Documents on the History of the European Integration*, 4 vols., Berlín-Nueva York, W. de Gruyter, 1985-1991, y PISTONE, S. (coord.): *I movimenti per l'unità europea dal 1945 al 1954*, Milán, Jaca Book, 1992.

tas parecían tener un menor impacto en comparación con los dos «mitos», el americano y el soviético, que se estaban disputando no sólo la «mente», sino también el «corazón» de los habitantes del viejo continente<sup>2</sup>. Estados Unidos estaba destinado, también gracias a la Alianza Atlántica, a ejercer una influencia decisiva propia sobre Europa occidental, la cual, sin embargo, trataría de crear, a través de un proceso de integración, una unión europea dotada de una identidad económica, política y social propias, dejando, no obstante, a la OTAN, en otras palabras, a Estados Unidos, la tarea de garantizar la seguridad del «viejo continente». Durante varias décadas, la Alianza Atlántica y la Comunidad Europea convivirían una junto a la otra y serían percibidas por la Unión Soviética como dos organismos complementarios entre sí, dos pilares del sistema occidental.

Pasados sesenta años desde abril de 1949, la Guerra Fría y la Unión Soviética son ya elementos del pasado, aunque se trate de un pasado relativamente reciente. La edad de los imperios se ha dejado atrás hace tiempo; el mundo se dirige hacia un difícil equilibrio multipolar, en cuyo ámbito Europa sólo es uno de los actores que deberían desempeñar un papel de cierta importancia; incluso la posibilidad de una supremacía indiscutible de Estados Unidos en el contexto internacional —convicción generalizada hasta hace pocos años— parece dejar espacio a una connotación diferente del contexto internacional. A pesar de estos cambios radicales, desde hace unos años, soldados europeos, pertenecientes a los más importantes Estados miembros de la UE, y soldados estadounidenses están combatiendo en un duro conflicto en Afganistán como aliados en el marco de la OTAN. La Alianza Atlántica aún desempeña una función importante en el contexto internacional y, a nivel militar, gran parte de los países que componen la Unión Europea siguen pensando que la OTAN es un aspecto fundamental de la propia seguridad. Incluso Francia, que en 1966 salió de las estructuras integradas de la organización pero no del Pacto Atlántico, parece preparada para volver a la Alianza como miembro de pleno derecho<sup>3</sup>. ¿Cómo se podría explicar esta singular capacidad del Pacto Atlántico de sobrevivir en un contexto europeo

---

<sup>2</sup> Cf. sobre el caso italiano, por ejemplo, D'ATTORRE, P. P. (coord.): *Nemici per la pelle: sogno americano e mito sovietico nell'Italia contemporanea*, Milán, Franco Angeli, 1991.

<sup>3</sup> Cf., por ejemplo, DENI, J. R.: *Alliance Management and Maintenance: Restructuring NATO for the 21st Century*, Aldershot, Ashgate, 2007.

aparentemente caracterizado por la realidad de la construcción europea y por la UE? Sólo un análisis de la relación que se ha llegado a establecer en los últimos sesenta años entre Europa y Estados Unidos en varios contextos, desde el militar al político y al económico, puede permitir la comprensión de este proceso, de cómo, en otras palabras, se ha llegado a crear un estrecho vínculo entre opción atlántica y opción europea, entre OTAN y Unión Europea, un vínculo que, a pesar de los cambios en el contexto internacional, continúa pareciendo válido<sup>4</sup>.

### «Imperio por integración»: opción europea y Alianza Atlántica (1945-1957)

La incapacidad de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial de delinear un equilibrio duradero para la Europa posbélica fue una de las razones principales que favorecieron la emergencia del conflicto entre el este y el oeste<sup>5</sup>. El «viejo continente» fue, entonces, el primer terreno del conflicto que caracterizaría la segunda mitad del siglo XX. Aunque Estados Unidos y la Unión Soviética, sobre todo a partir de finales de los años cincuenta, desarrollaran su enfrentamiento a nivel global —del medio oriente al sudeste asiático, del Caribe al Cuerno de África— y Europa se convirtiera en el área donde perseguir políticas de coexistencia y distensión, el «viejo continente» siguió siendo la apuesta más importante en el juego entre Washington y Moscú, un territorio donde la distensión era casi una elección obligada porque un conflicto abierto habría terminado, con toda probabilidad, en un enfrentamiento nuclear generalizado. Por otra parte, no es una casualidad que la «segunda Guerra Fría», que parece tener sus orígenes en la invasión soviética de Afganistán, se hubiera localizado desde muy pronto en el centro de Europa, con la crisis polaca y la cuestión de los euromisiles. Es más, es significativo que el conflicto este-oeste, que se

---

<sup>4</sup> Para una visión de conjunto reciente remitimos a DEL PERO, M., y ROMERO, F. (coords.): *Le crisi transatlantiche: continuità e trasformazioni*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2007. Cf., también, VARSORI, A.: «The EC/EU and the United States (1957-2006)», en DEIGHTON, A., y BOSSUAT, G. (eds.): *The EC/EU: A World Security Actor?*, París, SOLEB, 2006, pp. 24-51.

<sup>5</sup> VARSORI, A., y CALANDRI, E. (eds.): *The Failure of Peace in Europe (1943-1948)*, Londres, Palgrave, 2002.

había iniciado de alguna manera con el conflicto sobre el futuro de Alemania y que tuvo una de sus primeras manifestaciones abiertas en el bloqueo de Berlín, terminara con la caída del muro que separaba la ex capital alemana y con la reunificación<sup>6</sup>. La centralidad europea en la Guerra Fría no fue sólo un elemento de tipo geoestratégico y político, sino también cultural, y la Guerra Fría representó, de alguna manera, un conflicto «europeo», aunque con repercusiones de naturaleza mundial. Los dos actores más importantes del enfrentamiento son a menudo definidos como «extra-europeos», pero la Unión Soviética era el heredero de Rusia y, desde el siglo XVIII, una de las grandes potencias «europeas» por derecho propio, aunque una potencia de «frontera». En lo que respecta a Estados Unidos, todavía era una nación formada, en gran medida, por emigrantes europeos que en el siglo XVIII, sobre la base de ideales nacidos en Europa, habían encontrado la voluntad de separar su destino del continente del que provenían, pero considerando vital, en más de una ocasión a lo largo del siglo XX, la intervención directa en los acontecimientos europeos (en 1917, 1941 y 1947) y convirtiéndose, en cierto modo, en un actor europeo de pleno derecho. Finalmente, allí donde se tenga en cuenta la naturaleza ideológica del conflicto entre este y oeste, se podría mantener que, en el fondo, las ideas que se contrapusieron desde la segunda posguerra hasta el fin de la Unión Soviética aún tenían sus raíces en los conceptos y valores surgidos en Europa entre los siglos XVII y XIX: de los ideales de los padres peregrinos a las ideas del iluminismo, por lo que respecta a Estados Unidos, a las argumentaciones filosóficas de Karl Marx en cuanto a la Unión Soviética.

Entonces, si es posible encontrar orígenes y características profundamente «europeos» en la Guerra Fría, es posible, por otra parte, encontrar un origen «americano» en el proceso de integración europea. Sin querer llegar a las argumentaciones propuestas por G. Lundestad, se puede afirmar que en la base de la construcción europea tuvo que producirse el encuentro de dos cuestiones necesarias: por un lado, la aspiración por parte de algunos ambientes políticos e intelectuales europeos de dar respuesta, a través del proceso de unificación, a la crisis europea determinada por el desastre de la Segunda Guerra

---

<sup>6</sup> Sobre la centralidad de Europa en la Guerra Fría véase, por ejemplo, HITCHCOCK, W. J.: *Il continente diviso. Storia dell'Europa dal 1945 a oggi*, Roma, Carocci, 2003.

Mundial; por el otro, por el convecimiento de los líderes políticos y diplomáticos estadounidenses de que la unificación de Europa occidental no sólo respondiera a los intereses económicos y políticos de Washington en el contexto del enfrentamiento con la Unión Soviética, sino que también estuviera de acuerdo en proponer el modelo político e institucional americano como solución a largo plazo de los «males» de Europa<sup>7</sup>. La primera expresión del acuerdo fue el Plan Marshall, con sus concreciones: el Programa de Recuperación Europea (ERP) y la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE)<sup>8</sup>. Hasta 1948, la administración Truman parecía dirigirse hacia la constitución de un sistema occidental fundamentado sobre dos pilares: por un lado, un pilar norteamericano; por otro, un pilar europeo occidental. Este último debía encontrar su propia autonomía no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el político e, incluso, militar. En más de una ocasión fueron las autoridades estadounidenses las que presionaron sobre los dirigentes europeos para que se encaminaran con decisión por la vía de la cooperación si no de una integración comprometida, al menos renunciando a parte de la soberanía nacional<sup>9</sup>.

Los dirigentes británicos, franceses y del Benelux fueron los que promovieron durante 1948 la separación de la dimensión estratégico-militar de la de la construcción europea de naturaleza política y económica. Es sabido que el Pacto Atlántico tuvo su origen en los temores de los responsables de París y de otros países europeos occidentales respecto a una supuesta amenaza militar soviética, así como en la ambición británica de reforzar el papel de Londres como *trait d'union* entre Europa occidental y Estados Unidos en el marco de una alianza atlántica, cuyo centro de gravedad sería, precisamente, el océano Atlántico y cuyas naciones guía serían las dos mayores potencias de

<sup>7</sup> LUNDESTAD, G.: *Empire by Integration: the United States and European Integration 1945-1997*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

<sup>8</sup> Sobre el Plan Marshall véanse, por ejemplo, AGA ROSSI, E. (coord.): *Il Piano Marshall e l'Europa*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1983, y HOGAN, M. J.: *The Marshall Plan: America, Britain and the Reconstruction of Western Europe (1947-1952)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987. Para una interpretación diferente véase MILWARD, A. S.: *The Reconstruction of Western Europe 1945-1951*, Londres, Methuen, 1984.

<sup>9</sup> Para un análisis de la política estadounidense hacia Europa en la posguerra, cf. TRACHTENBERG, M.: *A Constructed Peace. The Making of the European Settlement 1945-1963*, Princeton, Princeton University Press, 1999.

habla inglesa<sup>10</sup>. Tampoco debemos olvidar que, al menos en la primera mitad de 1948, algunos responsables americanos, entre ellos George Kennan, se mostraron escasamente entusiastas de un pacto «atlántico» y no descartaron una especie de «Plan Marshall militar», que dejaría a los europeos mayor responsabilidad y autonomía<sup>11</sup>. Acabó por predominar la visión de una verdadera alianza occidental y de una directa participación estadounidense. Con esta opción, que encontró su base en la voluntad de una parte de la administración americana de confiar en el éxito de un papel internacional de Estados Unidos de carácter global, se consolidó en algunos ambientes políticos y culturales estadounidenses la aspiración de la constitución de una «comunidad atlántica» que fuese más allá de las exigencias de naturaleza defensiva y que se basase en una comunión de valores e ideales. En realidad, la marcha de las negociaciones terminaría influenciando fuertemente no sólo el futuro del Pacto, sino también el carácter de las relaciones entre Estados Unidos y Europa occidental<sup>12</sup>. Dos fueron los mayores obstáculos que surgieron en las negociaciones: por un lado, el tipo de garantía recíproca entre las partes contrayentes; por otro, la extensión geográfica de la alianza. Por lo que respecta al primer aspecto, terminó prevaleciendo la posición de Washington, favorable a establecer garantías que no implicaran una entrada automática en guerra de los Estados miembros en caso de agresión. Esta opción se traducía en el reconocimiento implícito del papel de guía de Estados Unidos, los únicos en poder garantizar de manera eficaz la defensa de los socios europeos, pero dotados también de la libertad de decidir sobre el tipo de intervención a realizar en el caso de que se materializara una amenaza por lo que respecta a uno o más Estados miembros<sup>13</sup>. En cuanto a la cuestión de la extensión geográfica del pacto, a la aspiración fran-

---

<sup>10</sup> Cf., por ejemplo, DE STAERCKE, A., *et al.*: *NATO's Anxious Birth. The Prophectic Vision of the 1940s*, Londres, Hurst, 1985.

<sup>11</sup> Sobre la posición de Kennan, cf. MEYER, D.: *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1988, pp. 132-160, y STEPHANSON, A.: *Kennan and the Art of Foreign Policy*, Cambridge, Harvard University Press, 1989, pp. 117-156.

<sup>12</sup> Sobre la hipótesis de «comunidad atlántica», cf. DE STAERCKE, A., *et al.*: *NATO's...*, *op. cit.*

<sup>13</sup> Para un análisis del nacimiento de Pacto Atlántico remitimos a KAPLAN, L. S.: *The United States and NATO: The Formative Years*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1984, así como DI NOLFO, E. (ed.): *The Atlantic Pact Forty Years Later: a Historical Reappraisal*, Berlín-Nueva York, W. de Gruyter, 1991. En general, sobre

cesa de extender la alianza al Mediterráneo, se unió la ambición de Italia de entrar a formar parte de aquello que se percibía, incluso antes de la firma, como el «núcleo duro» del sistema occidental. La participación de Italia en la alianza no sólo favoreció la extensión del tratado al Mediterráneo, poniendo las bases para la posterior entrada de naciones como Grecia y Turquía, sino que despojó muy rápidamente al pacto de aquellas características que, en la esperanza de algunos políticos americanos e ingleses, deberían transformar la alianza en una «comunidad atlántica» coherente<sup>14</sup>. La explosión de la primera bomba atómica soviética en 1949, el agudizamiento de la cuestión alemana, el estallido de la guerra de Corea y la tendencia de Washington a considerar como inevitable la «militarización» de la Guerra Fría llevarían rápidamente a todos los responsables occidentales a favorecer la transformación de la alianza política en una pura y simple estructura militar con el nacimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la constitución del Cuartel General Supremo de las Potencias Aliadas en Europa (SHAPE), siendo nombrado para dirigirlo, en 1950, el general Dwight D. Eisenhower.

Si gran parte de los dirigentes europeos occidentales acogieron favorablemente la presencia militar americana en Europa y el nacimiento de un estrecho vínculo estratégico con Washington porque eran conscientes de que sólo la Alianza Atlántica y la OTAN garantizarían la seguridad de sus países, algunos políticos del «viejo continente», sobre todo en Francia, y quizá de forma inconsciente, tenían la esperanza de que la necesidad del apoyo militar americano (que implicaba un evidente condicionamiento de los objetivos de Washington) se atenuara antes o después, si no desaparecía. La Guerra Fría era un problema al que se debía hacer frente, pero también representaba un obstáculo a la solución de los problemas europeos y al renacimiento de un papel independiente de las principales naciones del «viejo continente». La construcción europea, al menos en su fase inicial —del Plan Marshall al Pacto de Bruselas—, parecía fuertemente condicionada por el conflicto este-oeste y por las elecciones de Washington y Londres; incluso el Consejo de Europa, que había nacido de un proyecto francés, se había transformado rápidamente en

---

Pacto Atlántico, cf. KAPLAN, L. S.: *NATO United NATO Divided The Evolution of an Alliance*, Westport-Londres, Praeger, 2004.

<sup>14</sup> Sobre la extensión de la Alianza a Grecia y a Turquía, cf. VVAA: *L'Europe et l'OTAN face aux défis des élargissements de 1952 et de 1954*, Bruselas, Bruylant, 2005.



un organismo adecuado, sobre todo, a los objetivos de Gran Bretaña<sup>15</sup>. El Plan Schuman para la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) representó el primer intento real europeo de proceder por la vía de la integración, a través de una cesión parcial y gradual de soberanía por parte de los Estados implicados. Además, aspiraba a resolver una cuestión —el conflicto franco-alemán— que si bien en ese momento quedaba conectado a la Guerra Fría, era, con mucho, anterior respecto al enfrentamiento este-oeste y se insertaba en un contexto de dinámicas exclusivamente europeas<sup>16</sup>. El Plan Schuman fue, en cualquier caso, fuertemente mantenido por la administración Truman porque su actuación contribuiría a reforzar el sistema europeo occidental y marchaba en la dirección indicada por Washington desde 1947. Tras un breve periodo de tiempo, el futuro de las relaciones franco-alemanas se entrelazó aún más estrechamente con las dinámicas de la Guerra Fría. Cuando en el verano de 1950 Estados Unidos y Gran Bretaña presentaron la hipótesis de rearmar la República Federal Alemana en el marco de la OTAN, la reacción francesa fue negativa. Respecto al temor de la amenaza soviética, en París acabó por predominar la preocupación acerca del renacimiento de una Alemania capaz de ejercer una función hegemónica sobre la parte occidental del «viejo continente» a expensas de los objetivos, alimentados en París, de renacimiento francés a nivel internacional. La integración europea parecía ofrecer la respuesta al dilema de los dirigentes franceses, entre la garantía de seguridad en el conflicto entre el este y el oeste, y las aspiraciones nacionales de reconstrucción de un rol de «gran potencia». En octubre de 1950 se lanzó, entonces, el Plan Plevén para la constitución de un ejército europeo, que se transformó desde muy pronto en el proyecto de una Comunidad Europea de Defensa (CED) al que, por el impulso de Italia, se añadiría en 1951 el plan para una Comunidad Política Europea (CPE). Después de algunas dudas iniciales, Estados Unidos acabó apoyando de manera abierta y entusiasta a la CED,

---

<sup>15</sup> Cf. VARSORI, A.: *Il Patto di Bruxelles (1948) tra integrazione europea e alleanza atlantica*, Roma, Bonacci, 1988.

<sup>16</sup> SPIERENBURG, D., y POIDEVIN, R.: *Histoire de la Haute Autorité de la Communauté du Charbon et de l'Acier: une expérience supranationale*, Bruselas, Bruylant, 1993; así como RANIERI, R., y TOSI, L. (coord.): *La Comunità Europea del Carbone e dell'Acciaio (1952-2002): gli esiti del trattato in Europa e in Italia*, Padua, CEDAM, 2004.

cuyo tratado fue firmado en la capital francesa en mayo de 1952. Aunque el Tratado de París, si se aplicaba, preveía la inserción de la CED en el marco de la OTAN, en lo que concernía a las cuestiones de tipo militar, la Comunidad Europea de Defensa ofrecía la oportunidad al proceso de integración de desarrollarse también en la dimensión estratégica, llevando, quizá, a la aparición de un pilar defensivo europeo en el contexto del sistema defensivo occidental representado por la Alianza Atlántica<sup>17</sup>. Pero el proyecto de un ejército europeo terminó por encallarse frente a la creciente oposición de una parte importante del mundo político francés no sólo por la arraigada hostilidad al rearme alemán, sino también por la convicción de que la CED, como se suponía en Francia, se hubiese convertido, por encima de todo, en un símbolo de la ingerencia estadounidense en los acontecimientos internos de Francia, y por la voluntad de preservar la plena soberanía en el plano defensivo. En realidad, el fracaso de la CED condujo no sólo al rearme de Alemania occidental y a la recuperación de su soberanía, sino también a un fortalecimiento de la OTAN, en otras palabras, del papel estadounidense en el equilibrio de Europa occidental<sup>18</sup>. Varios elementos llevaron a Francia, con el apoyo fundamental de Gran Bretaña, a facilitar el abandono de la posibilidad de un ejército europeo: la muerte de Stalin y los indicios de una «primera distensión» parecían hacer pasar a un segundo plano la perspectiva de la amenaza soviética. Tanto París como Londres esperaban, además, preservar su papel de «grandes potencias» gracias a lo que quedaba de sus imperios coloniales<sup>19</sup>. Por último, Gran Bretaña se había dotado de un arsenal siguiendo la dinámica de la disuasión nuclear y una de las primeras decisiones de París tras el fracaso de la CED fue la de proceder a la construcción de un arma atómica nacional<sup>20</sup>. Es verdad que no todos en la Europa de los «seis» compartían estas ambiciones nacionalistas y consideraban, por el contrario, que la

---

<sup>17</sup> FURSDON, E.: *The European Defence Community A History*, Londres, MacMillan, 1980, y DUMOULIN, M. (dir.): *La Communauté Européenne de défense, leçons pour demain*, Bruselas, PIE-Peter Lang, 1999.

<sup>18</sup> VVAA: *L'Europe et l'OTAN...*, op. cit., y HERDER, H. J. (ed.): *Von Truman bis Harmel. Die Bundesrepublik Deutschland in Spannungsfeld von NATO und Europäischer Integration*, Múnich, Oldenbourg, 2000.

<sup>19</sup> Sobre la política de Mendès France, cf., por ejemplo, GIRAULT, R. (dir.): *Pierre Mendès France et le rôle de la France dans le monde*, Grenoble, PUG, 1991.

<sup>20</sup> MONGIN, D.: *La bombe atomique française (1945-1958)*, Bruselas-París, Bruylant-LGDJ, 1997.

construcción europea representaba el factor determinante para el nacimiento de una Europa que pudiese volver a ser importante en el escenario internacional. Después de la crisis de la Comunidad Europea de Defensa, los partidarios de la integración *à la Monnet* decidieron que la construcción europea debía volver a partir de la dimensión en la que encontraría menores obstáculos y en la que conseguiría resultados positivos: la dimensión económica. En este ámbito fue donde, entre 1955 y 1957, tuvo lugar el «relanzamiento de Europa» con la firma de los tratados de Roma y el nacimiento de la CEE y del EURATOM<sup>21</sup>. Sobre todo, el proyecto de Comunidad para la energía nuclear indicaba que ésta debía tener objetivos exclusivamente pacíficos, y también por este motivo, encontró el claro apoyo de las autoridades americanas<sup>22</sup>. Numerosos dirigentes de Europa occidental consideraron, al menos por el momento, dejar de lado los aspectos estratégico-militares en lo que concernía a la construcción europea. La OTAN, en otras palabras, el paraguas nuclear estadounidense, haría frente a la garantía de seguridad del «viejo continente», aunque a nivel nacional continuaron manifestándose en Francia, en Italia y en la República Federal Alemana vagas esperanzas de poder conseguir una disuasión nuclear nacional que, aunque exigua, elevaría el rango y fortalecería el papel internacional del país que hubiese entrado en posesión de la misma. Baste recordar en ese ámbito el acuerdo de cooperación firmado en el sector nuclear militar entre París, Bonn y Roma en 1957, que naufragó pasados unos meses<sup>23</sup>. La entrada en vigor de los tratados de Roma y la creación de la CEE y de la CEEA confirmaban la realidad representada por la Europa de los «seis» desde el punto de vista económico y, en parte, desde el político, pero parecía demostrar también como esa Europa había decidido renunciar a todo deseo de una identidad estratégica europea, dejando a Estados Unidos, por medio de la OTAN, la tarea de velar por la seguridad de los países de Europa occidental.

---

<sup>21</sup> SERRA, E. (dir.): *Il rilancio dell'Europa e i trattati di Roma*, Bruselas-Milán-París-Baden-Baden, Bruylant-Giuffrè-LGDJ-Nomos, 1989.

<sup>22</sup> WINAND, P.: *Eisenhower, Kennedy and the United States of Europe*, Londres, MacMillan, 1993.

<sup>23</sup> NUTI, L.: *La sfida nucleare: la politica estera italiana e le armi atomiche (1945-1991)*, Bolonia, Il Mulino, 2007.

## ¿Un europeísmo atlántico? (1958-1969)

La llegada al poder en Francia del general De Gaulle en la primavera de 1958 parecía destinada a marcar durante una década, más o menos, hasta la salida del presidente francés de la escena política acaecida en 1969, la naturaleza de las relaciones transatlánticas y la de la contrucción europea, así como la de la Alianza Atlántica. Con el paso del tiempo se han afirmado algunos «mitos» en torno a estos acontecimientos: del antiamericanismo al antieuropeísmo de De Gaulle; «mitos» corroborados por acontecimientos específicos como el enfrentamiento sobre la ampliación de la CEE a Gran Bretaña, el fracaso del Plan Fouchet, la crisis de la «silla vacía», la salida de Francia de la OTAN y el traslado de la organización de la alianza de Fontainebleau a Bruselas. En realidad, el marco de las relaciones entre Europa occidental y Estados Unidos, entre Alianza Atlántica y Comunidad Europea, es bastante complejo y abigarrado<sup>24</sup>.

Por lo que respecta a la posición de De Gaulle, su hostilidad en los enfrentamientos de Estados Unidos y de la Alianza Atlántica fue el resultado de un proceso largo y no exento de contradicciones y reconsideraciones<sup>25</sup>. Entre 1958 y 1960, el general pensó incluso en una transformación del Pacto Atlántico que se basaba en un fortalecimiento de la alianza. En la famosa carta que en 1958 el general dirigía a los líderes británico y americano se prefiguraba una alianza que habría ampliado sus deberes y sus responsabilidades del área prevista al mundo entero. Además, la creación de un «directorio» a tres bandas —Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— habría dado a estas tres potencias la oportunidad de delinear la estrategia occidental en su conjunto. El rechazo americano e inglés a aceptar esa transformación de la alianza fue lo que empujó a De Gaulle a apostar por el nacimiento de una «unión europea» (Plan Fouchet), basada en la Europa de los «seis», que habría podido transformarse en el pilar europeo, incluso desde el punto de vista militar, del sistema occidental, pero

---

<sup>24</sup> VARSORI, A.: «Gli anni Sessanta: la crisi della NATO», en DEL PERO, M., y ROMERO, F. (coords.): *Le crisi transatlantiche...*, op. cit., pp. 25-44.

<sup>25</sup> BOZO, F.: *Deux Stratégies pour l'Europe: de Gaulle, les Etats-Unis et l'alliance atlantique, 1958-1969*, París, Plon-Fondation Charles de Gaulle, 1996. Más en general, cf. íd.: *La France et l'OTAN de la guerre froide au nouvel ordre européen*, París, Masson, 1991.

ese proyecto no podía aceptar la inclusión de Gran Bretaña, ya que ésta se traduciría en la presencia de una nación europea que aspiraba a ser *trait d'union* privilegiado entre Europa occidental y Estados Unidos<sup>26</sup>. Con la frustración del Plan Fouchet en 1962, De Gaulle acabó apostando por una relación privilegiada con la República Federal Alemana (tratado del Elíseo), partiendo de la premisa de que en la Europa de los «seis», Alemania occidental fuese el socio más importante no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el político y militar<sup>27</sup>. La sustancial reestructuración del proyecto gaullista de *couple franco-allemand* por parte del Parlamento alemán y las oportunidades ofrecidas por la «distensión» indujeron a De Gaulle a intensificar el diálogo con la Unión Soviética y a creer que era posible que Francia se separara de la OTAN. Aun así, el general no pretendía cortar por completo el vínculo con Washington: ésa es la razón por la que Francia se mantenía fiel al Pacto Atlántico y preservaba una serie de ventajas militares que se derivaban de las estructuras de la OTAN gracias a los acuerdos Ailleret-Lemnitzer. Sin duda, Francia recuperaba una forma de autonomía a nivel estratégico gracias a la *force de frappe*, pero aún seguía siendo parte integrante del sistema occidental y era evidente que, a pesar de la doctrina de la defensa *tous azimuts*, la garantía estadounidense terminaría cubriendo también el territorio francés<sup>28</sup>.

Los mismos hechos de la política gaullista con respecto a la OTAN indican como, durante toda la década de los años sesenta, los líderes políticos de los «cinco» (República Federal, Italia y las tres naciones del Benelux) continuaron considerando la Alianza Atlántica y la relación con Estados Unidos —aunque ambos aspectos terminaron, a menudo, por superponerse— como puntos clave de sus políticas. Tampoco podía existir contradicción alguna entre la construcción europea y la pertenencia a la OTAN. Esto no excluyó la aparición de

<sup>26</sup> Para las cuestiones de la integración europea en este periodo remitimos a DEIGHTON, A., y MILWARD, A. S. (eds.): *Widening, Deepening and Acceleration: the European Economic Community (1957-1963)*, Baden-Baden-Bruselas, Nomos-Bruylant, 1999.

<sup>27</sup> Cf. el volumen fundamental de SOUTOU, G. H.: *L'alliance incertain: les rapports politico-stratégiques franco-allemands, 1954-1996*, París, Fayard, 1996.

<sup>28</sup> Sobre la política exterior de De Gaulle, cf. VAISSE, M.: *La Grandeur. Politique étrangère du Général de Gaulle (1958-1969)*, París, Fayard, 1998. Sobre la posición de Francia hacia la OTAN, además de las obras citadas en la nota 25, cf. VAISSE, M.; MELANDRI, P., y BOZO, F. (dirs.): *La France et l'OTAN (1949-1966)*, Bruselas, Complexe, 1996.

contrastes, contradicciones y aspiraciones frustradas. Los ejemplos en este sentido son varios: de la mal velada aspiración de la República Federal Alemana a dotarse de una disuasión nuclear nacional a las ambiciones italianas de jugar en la Alianza Atlántica un papel que estuviese al mismo nivel que las otras principales naciones de Europa occidental, pasando por los equívocos surgidos entre los socios europeos de la OTAN en torno al proyecto de una Fuerza Multilateral (MLF) y las dudas sobre las opciones estratégicas de Washington para acabar con las sospechas respecto al diálogo entre Estados Unidos y la Unión Soviética en torno a la posibilidad de un Tratado de No Proliferación (NPT)<sup>29</sup>. A pesar de esto, los «cinco» no faltaron a su fidelidad básica a la OTAN. Esta opción encontraba sus razones en varios elementos: la formación política y cultural de los dirigentes de la Europa de los «cinco» arraigada en la plena adhesión al sistema occidental y a sus valores de fondo; el siempre latente temor por lo que respecta a la Unión Soviética, a pesar de la «distensión»; la esperanza de poder explotar en el ámbito de los intereses nacionales la relación bilateral con Washington, y la convicción de que las responsabilidades estratégicas asumidas por Estados Unidos en la defensa del continente liberarían a los Estados miembros de la Europa comunitaria de la carga económica que representaban los gravámenes para la defensa. Por otro lado, el éxito mismo de la CEE llevaba a los «cinco» a destacar las características económicas de la construcción europea, delegando en la OTAN, en última instancia en Estados Unidos, la responsabilidad de defender la parte occidental del «viejo continente»<sup>30</sup>.

En cuanto a Estados Unidos, entre finales de los años cincuenta y los años sesenta la posición de Washington respecto a la Alianza Atlántica sufrió una serie de importantes transformaciones. Estos cambios se vincularon estrechamente al cambio en el enfrentamiento con la Unión Soviética y a las innovaciones que se registraron en el ámbito de la tecnología militar. Con el lanzamiento del Sputnik en

---

<sup>29</sup> Sobre estos aspectos, cf. HEISER, B.: *NATO, Britain, France and the FRG: Nuclear Strategies and Forces for Europe (1949-2000)*, Londres, MacMillan, 1997, e íd.: *Nuclear Mentalities? Strategies and Beliefs in Britain, France and the FRG*, Londres, MacMillan, 1998.

<sup>30</sup> Por lo que respecta a las relaciones entre Europa y Estados Unidos, cf. WINAND, P.: *Eisenhower...*, *op. cit.*, y GUDERZO, M.: *Interesse nazionale e responsabilità globale: gli Stati Uniti, l'alleanza atlantica e l'integrazione europea negli anni di Johnson (1963-1969)*, Florencia, Il Maestrale, 2000.

1957 y con el progresivo fortalecimiento de la presencia de misiles balísticos intercontinentales en los arsenales de las dos superpotencias se abrió camino la convicción de que un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética podría transformarse rápidamente en una guerra atómica generalizada que golpearía duramente las poblaciones y los territorios de los dos contendientes, hasta el punto de lanzar al mundo a la perspectiva de la «destrucción mutua asegurada» (MAD). Pero esta posibilidad sacaría el conflicto entre Washington y Moscú del área de la racionalidad y de la política dejando un mundo destruido sin vencedores ni vencidos. Esta realidad militar tuvo repercusiones obvias e importantes en los equilibrios políticos y estratégicos de Europa, donde el sistema de las alianzas contrapuestas y la contigüidad geográfica de los dos sistemas, de sus ejércitos y de sus arsenales atómicos hacían posible un escenario basado en el modelo de 1914 y, por tanto, la precipitación de los dos bloques hacia la hipótesis de la MAD<sup>31</sup>. Por tanto, era necesario tanto para Moscú como para Washington intentar dar algunas reglas al enfrentamiento entre el este y el oeste. Progresivamente, bien Estados Unidos, bien la Unión Soviética, aceptaron que los equilibrios que se habían creado en Europa entre finales de los años cuarenta y mitad de los años cincuenta se cristalizarían, y la construcción del muro de Berlín en agosto de 1961 fue el símbolo de una división de Europa que, en ese momento, muy pocos creían que debiera ponerse en discusión. Además, las dos superpotencias, también como consecuencia del proceso de descolonización, consideraron que el «tercer mundo» era el lugar donde proseguir la Guerra Fría. En estas zonas del planeta, de hecho, la Unión Soviética y Estados Unidos podían recurrir fácilmente a «guerras de poder» sin el temor de un enfrentamiento directo, y el conflicto podía explicarse a través del uso de la influencia económica, de la propaganda, de las *covert operations*, sin que se involucrara el arsenal estratégico. Estos cambios en la Guerra Fría implicaban también la especificación de algunas reglas aceptadas por ambos contendientes en el contexto estratégico, ámbito que concernía directamente a Europa y a la OTAN. La primera opción estadounidense fue la aplicación en el marco de la Alianza Atlántica de la estrategia de la «respuesta flexible», que aspiraba a impedir que un conflicto que hubiese estallado en

---

<sup>31</sup> GALA, M.: *Il paradosso nucleare. Il Limited Test Ban Treaty come primo passo verso la distensione*, Florencia, Polistampa, 2002.

Europa pudiese transformarse en un enfrentamiento nuclear entre las dos superpotencias con el recurso a los «misiles balísticos intercontinentales» (ICBM). Esta estrategia, aprobada en el Consejo Atlántico de Atenas de 1962, dejaba insatisfechos a los aliados europeos porque no había ninguna garantía de que las autoridades de Washington aceptaran poner en peligro de ataque nuclear su propio territorio para responder a una agresión atómica soviética respecto a uno de los miembros europeos de la OTAN. Esto explica la persistencia, durante un tiempo, de las ambiciones de algunos aliados de Estados Unidos con el fin de dotarse de un arsenal nuclear nacional<sup>32</sup>. La respuesta americana a esta dificultad fue el proyecto MLF que, sin embargo, estaba destinado a fracasar poco tiempo después. Mientras tanto, la Unión Soviética había terminado por asumir algunas preocupaciones americanas acerca del peligro de la MAD y, durante los años sesenta, desarrollaría las negociaciones que, en 1968, conducirían a la firma del Tratado de No Proliferación. En el clima de distensión de la segunda mitad de los años sesenta, los aliados europeos de Estados Unidos, en particular la República Federal Alemana, terminaron aceptando la lógica que daba una base para las opciones políticas y estratégicas americanas, contentándose con la constitución de un grupo de planificación nuclear en el marco de la OTAN<sup>33</sup>. Así pues, a finales de los años sesenta, con la exclusión de Francia, los miembros de la CEE confirmaban la decisión de delegar su seguridad en Estados Unidos y en la Alianza Atlántica. Es probable que detrás de esta «renuncia» a un papel europeo occidental desde el punto de vista militar existiese la convicción de una distensión duradera, que permitiría a los europeos hacer hincapié en los aspectos económicos y políticos de la construcción europea, dejando en estos ámbitos la posibilidad para la Europa comunitaria y para sus miembros de ejercer alguna influencia sobre el escenario internacional, como se demuestra, por ejemplo, desde el empeño mostrado por la Comunidad en la gestión de las negociaciones de la «Ronda Kennedy» y por los resultados obtenidos, también en ese ámbito, frente a Estados Unidos<sup>34</sup>.

---

<sup>32</sup> Sobre la distensión y las relaciones entre Estados Unidos y Europa en esos años, cf. LOTH, W., y SOUTOU, G. H. (eds.): *The Making of Detente. Eastern and Western Europe in the Cold War 1965-1975*, Londres-Nueva York, Routledge, 2008.

<sup>33</sup> Véanse los estudios de B. Heuser, nota 29.

<sup>34</sup> COPPOLARO, L.: *Trade and Politics across the Atlantic; The European Economic Community (EEC) and the United States of America in the GATT Negotiations of the*



## Un nuevo europeísmo, una Alianza Atlántica en crisis (1969-1979)

Entre finales de los años sesenta y mitad de los años setenta, la relación de alianza entre Estados Unidos y Europa occidental sufrió un rápido deterioro. Las causas fueron numerosas: el empañamiento de la imagen de Estados Unidos como modelo político, económico y social del mundo occidental; la participación de Washington en la guerra de Vietnam; la confirmación de los sentimientos antiamericanos; la difusión de valores profundamente críticos con el sistema occidental; la convicción generalizada de la crisis del capitalismo tras la crisis económica, y el *shock* petrolífero de 1973-1974. Por otra parte, el aparente éxito de la distensión parecía hacer desaparecer algunas de las razones que, a partir de la inmediata posguerra, habían favorecido la construcción de un sistema defensivo occidental basado en la Alianza Atlántica<sup>35</sup>.

Estos cambios influyeron de manera significativa en el proceso de construcción europea. La cumbre de La Haya de diciembre de 1969, con la formulación de los objetivos de «ampliación», «finalización» y «profundización», no representó un enésimo «relanzamiento de Europa», sino, más bien, el surgimiento de una «nueva» construcción europea que, aun manteniendo algunas características de continuidad, por ejemplo, en las instituciones, se caracterizaba por algunas novedades. Si el proceso de integración en las dos décadas precedentes podía ser definido como «atlántico», estrechamente vinculado a Estados Unidos, de naturaleza económica predominantemente y dirigido por elites moderadas, si no conservadoras y, en gran medida, de matriz católica, a partir de finales de los años sesenta la integración europea parecía marcada por un carácter decididamente menos atlántico, por las ambiciones de conquistar una cierta autonomía de Estados Unidos y de crear una «identidad» europea a nivel político y social, y por la presencia de elites socialistas o socialdemócratas, atentas a las nuevas dinámicas internacionales, entre las que destacaba la

---

*Kennedy Round* (1962-1967), tesis de doctorado defendida en el IUE bajo la dirección de A. Milward (2006).

<sup>35</sup> Sobre los años setenta, como momento de cambio, cf. CHASSAIGNE, P.: *Les années 1970. Fin d'un monde et origine de notre modernité*, París, A. Colin, 2008, y el número monográfico coordinado por A. VARSORI, *Ventesimo Secolo*, 9 (2006).

importancia de la relación norte-sur respecto al conflicto este-oeste<sup>36</sup>. En ese ámbito, podemos recordar las declaraciones de las Cumbres europeas de París de 1972 y de Copenhague de 1973 sobre la «identidad» social y política de la Europa comunitaria; el papel fundamental desempeñado por los «nueve» en la resolución de los acuerdos de Helsinki de 1975 sobre la Cooperación y la Seguridad en Europa (CSCE), o la conclusión de los Acuerdos de Lomé de 1975 entre la CEE y los países de África, del Caribe y el Pacífico<sup>37</sup>. Al otro lado del océano Atlántico, la administración Nixon y el principal artífice de la política exterior americana, Henry Kissinger, parecían apostar por el nacimiento de un sistema internacional bipolar —Estados Unidos y la Unión Soviética— o, como mucho, tripolar —con la inclusión de China—, en cuyo ámbito la Comunidad Europea desempeñaría un papel importante sólo en la dimensión económica<sup>38</sup>. En este contexto, las relaciones entre Washington y la Comunidad estuvieron condicionadas por disensiones y malentendidos: de la decisión de Nixon de interrumpir la convertibilidad entre el dólar y el oro en el verano de 1971, al fracaso del llamado «año de Europa» propuesto por Kissinger en 1973 y a los desacuerdos en la respuesta a dar a los países productores de petróleo durante la crisis energética de 1973-1974<sup>39</sup>. En este marco tan accidentado y complejo, la OTAN parecía pasar a un segundo plano. Desde el punto de vista de la administración Nixon, se fluctuó entre la esperanza —por otra parte, nada nueva en el mun-

<sup>36</sup> Sobre la cumbre de La Haya, cf. GUASCONI, M. E.: *L'Europa tra continuità e cambiamento. Il vertice dell'Aja del 1969 e il rilancio della costruzione europea*, Florencia, Polistampa, 2004. Sobre su significado, cf. VARSORI, A.: «Introduzione», *Ventunesimo Secolo*, 9 (2006), pp. 9-16.

<sup>37</sup> Sobre estos acontecimientos véanse, entre otros, VAN DER HARST, J. (ed.): *Beyond the Customs Union. The European Community's Quest for Deepening, Widening and Completion*, Bruselas-París-Baden-Baden, Bruylant-LGDJ-Nomos, 2007; GARAVINI, G.: *Dopo gli imperi. L'integrazione europea nello scontro Nord-Sud*, Florencia, Le Monnier, 2009, y ROMANO, A.: *From Détente in Europe to European Détente. How the West shaped the Helsinki CSCE*, Bruselas, PIE-Peter Lang, 2009. Cf. también VARSORI, A. (coord.): *Alle origini del presente. L'Europa occidentale nella crisi degli anni '70*, Milán, Angeli, 2007.

<sup>38</sup> Sobre la política de Kissinger, véanse las dos valoraciones en contraste en HAN-HIMAKI, J.: *The Flawed Architect. Henry Kissinger and American Foreign Policy*, Oxford, Oxford University Press, 2004, y SURI, J.: *Henry Kissinger and the American Century*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.

<sup>39</sup> Cf. BASOSI, D.: *Il governo del dollaro: interdipendenza economica e potere statunitense negli anni di Richard Nixon (1969-1973)*, Florencia, Polistampa, 2006.

do político estadounidense— de que los europeos asumieran mayores gravámenes para su propia defensa, en otras palabras, logrando un *burden sharing* diferente, y la permanente convicción de la validez de la OTAN como sostén de la política de distensión perseguida por la administración por lo que respecta a la Unión Soviética y como instrumento para influir en las políticas de los aliados, siempre más recalcitrantes y menos convencidos que antes del solapamiento sustancial entre los intereses estratégicos y políticos de Washington y los de Europa occidental. Por su parte, los socios europeos de Estados Unidos eran reacios, por un lado, a hablar de la Alianza Atlántica, sabiendo como era de impopular, en aquel momento, en sus propias opiniones públicas, pero, desde luego, no estaban dispuestos a desmantelar una alianza que, si bien era el símbolo de la influencia estadounidense en el «viejo continente», también era la garantía «última» de la seguridad de las naciones europeas occidentales en el caso que la distensión desapareciera, así como un instrumento para impedir que los proyectos del «mundo bipolar» de Kissinger se transformaran en la partición del planeta entre Estados Unidos y la Unión Soviética, en beneficio de las dos superpotencias y en detrimento de los aliados europeos de Washington.

El escenario estaba destinado a cambiar desde la administración Ford. El «escándalo Watergate», las revelaciones de los Comités Pyke y Church sobre las interferencias estadounidenses en los sucesos internos de otros países, incluso de Europa occidental, la «caída de Saigón», la crisis económica, la expansión de la influencia soviética en África y en Asia hicieron temer a los líderes de los principales países de la Comunidad que la debilidad de Estados Unidos pudiera llevar a la disgregación del sistema occidental, poniendo en peligro incluso la suerte de los aliados europeos de Washington<sup>40</sup>. A ese peligro se añadieron elementos de desorden y de incertidumbre en el mismo marco europeo con la rápida caída de una serie de regímenes autoritarios, de Portugal a Grecia y España; con una grave crisis en las relaciones entre dos Estados miembros de la OTAN (Grecia y Turquía) en torno al futuro de Chipre, y con la grave crisis que condicionaba un país como Italia, Estado fundador y miembro de importancia tanto de la Comunidad Europea como de la Alianza Atlántica. Durante un breve

---

<sup>40</sup> GARTHOFF, R.: *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, Washington, Brookings Institution, 1985.

periodo, en los años de la administración Ford, Estados Unidos y los tres países principales de la Comunidad (Alemania occidental, Francia y Gran Bretaña) redescubrieron las ventajas que se derivaban de una colaboración directa y subrayaron la necesidad de recrear un frente común de los principales actores del mundo occidental. Bonn, París y Londres, en momentos y con modos diversos, contribuyeron junto a Washington a apuntalar un sistema occidental en crisis, aunque los tres aliados europeos prefirieron utilizar los instrumentos de la política y de la economía. En este contexto, la Comunidad, a menudo, acabó por representar más un medio que un fin. A este respecto baste señalar la gestión de las crisis de Europa meridional, en cuyo ámbito fueron, sobre todo, la Francia de Giscard d'Estaing y la Alemania de Schmidt las que determinaron el objetivo de estabilización de las naciones que estaban atravesando un fase de crisis y de incertidumbre. Las ayudas económicas, el apoyo a los partidos moderados, la perspectiva de la inserción de pleno derecho en la Comunidad Europea o, en el caso italiano, la salvaguardia del vínculo con Bruselas permitieron no sólo favorecer o garantizar la democracia en los países de la Europa meridional, sino también mantener estas naciones dentro del más amplio sistema occidental: Portugal permanecería en la OTAN, Grecia saldría para volver a entrar rápidamente, una España conquistada para la democracia entraría a formar parte de la Alianza Atlántica en los primeros años ochenta e Italia continuaría desempeñando su papel en la OTAN. En este caso es posible mantener que, aunque indirectamente, o con los instrumentos de la diplomacia y la economía que existían no sólo a través de relaciones bilaterales, sino también a través de la Comunidad Europea, los principales socios europeos contribuyeron ampliamente a salvar la Alianza Atlántica y su cohesión interna, dejando a Estados Unidos la tarea de garantizar su presencia, aún fundamental, a nivel estratégico-militar<sup>41</sup>. Por último, el marco atlántico ofreció a las cuatro potencias occidentales principales el contexto en el que discutir y examinar los primeros indicios que parecían poner en discusión la «gran distensión».

La crisis de la distensión y el surgimiento de una «nueva» Guerra Fría indujeron a los europeos occidentales, sobre todo a la República

---

<sup>41</sup> VARSORI, A.: «Crisis and Stabilization in Southern Europe during the 1970s: Western Strategy, European Instruments», *Journal of European Integration History*, 15-1 (2009), pp. 5-14. Sobre el caso italiano, cf. íd.: «Puerto Rico (1976): le potenze occidentali e il problema comunista in Italia», *Ventesimo Secolo*, 16 (2008), pp. 89-121.

Federal, a reconsiderar el papel de la OTAN como garantía de la seguridad europea. De hecho, fueron los aliados europeos los que dejaron a la alianza la cuestión que representaba el despliegue por parte de la Unión Soviética de una nueva generación de misiles de alcance medio, los SS-20, destinados a cambiar no sólo los equilibrios tácticos, sino también los estratégicos en Europa, favoreciendo la amenaza del llamado *decoupling*, una perspectiva que había preocupado a los dirigentes europeos de la alianza desde los primeros años sesenta con la aprobación del concepto estratégico de la «respuesta flexible». La respuesta de la OTAN fue la decisión de instalar los misiles americanos Cruise y Pershing II que, tomada en 1979, debería encontrar su aplicación en años sucesivos<sup>42</sup>. La renovada atención europea occidental sobre la situación de la Alianza no significó la desaparición de la utilización de la Comunidad por parte de los mismos actores con el objetivo de afrontar y de resolver cuestiones internacionales importantes a nivel económico, de modo que ya se hacía hincapié en un cierto grado de autonomía respecto a Estados Unidos. Si Schmidt había tenido un papel importante al favorecer la decisión de la OTAN sobre la instalación de los euromisiles, el propio canciller alemán, casi al mismo tiempo, tuvo una función central en el lanzamiento y en la aplicación del proyecto para la constitución de un Sistema Monetario Europeo (SME), embrión de una moneda europea y símbolo de la aspiración comunitaria a moverse en el sistema económico internacional, si no en contra, al menos junto a Estados Unidos y el dólar<sup>43</sup>.

### **Comunidad Europea y OTAN, de la segunda Guerra Fría al fin del comunismo (1980-1991): la victoria de occidente**

El hecho de que volviera a presentarse una dura contraposición entre el este y el oeste en Europa, la amenaza soviética en el «viejo continente» y la dura política perseguida por la primera administración Reagan favorecieron no sólo que la OTAN volviera a proponer-

<sup>42</sup> NUTI, L. (ed.): *The Crisis of Détente in Europe; from Helsinki to Gorbachev, 1975-1985*, Londres, Routledge, 2009.

<sup>43</sup> Sobre la creación del SME, cf. LUDLOW, P.: *The Making of the European Monetary System. A Case Study of the Politics of the European Community*, Londres, Butterworth, 1982.

se como elemento fundamental del escenario europeo y de las relaciones transatlánticas, sino también un rápido realineamiento, aunque no exento de dudas y temores, de los aliados europeos con las posiciones estadounidenses, puesto que una vez más Washington aparecía como el único garante eficaz de la seguridad europea, e incluso la Francia de Mitterrand, profundamente crítica con las posiciones americanas en otros ámbitos, se mostró comprensiva hacia las tesis de Reagan en lo que concernía a la cuestión de los euromisiles<sup>44</sup>. La fidelidad de los europeos a la OTAN fue confirmada por la determinación mostrada por Gran Bretaña, Italia y la República Federal Alemana, entre los principales socios de la alianza —y, al mismo tiempo, entre los más importantes Estados miembros de la Comunidad—, a la hora de aceptar en su propio territorio el despliegue de los misiles de crucero Cruise y Pershing II, a pesar de la oposición de amplios sectores de las respectivas opiniones públicas y de un fuerte movimiento pacifista. En esos mismos años, la construcción europea vivía una fase de estancamiento y de sustancial inmovilismo.

El aparente pleno apoyo de las naciones europeas occidentales a las políticas reaganianas en el marco de una nueva Guerra Fría que se «combatía» en el «viejo continente» representaba, en realidad, una opción a corto plazo determinada por el temor alimentado en una situación de presunta agresividad soviética y ocultaba las dudas y los temores. Por un lado, era preocupante el extremismo de la administración americana, que podría llevar a un enfrentamiento militar abierto; por otro, se entendía que Europa occidental apareciera como débil y subordinada respecto a la renovada potencia americana, cuyo liderazgo en los años ochenta parecía expresarse no sólo en el ámbito militar, sino también en otros contextos, proponiéndose por enésima vez a Estados Unidos, con un cierto éxito, como modelo económico y social para todo el mundo occidental<sup>45</sup>. Parecía, además, que algunos dirigentes europeos se daban cuenta de que la administración Reagan estaba empezando a llevar a cabo una transformación radical en las relaciones internacionales, en particular, en lo que concernía a la dimensión tecnológica y económica —aquella que sería definida como «globalización»—, a la que Europa occidental, en particular la

---

<sup>44</sup> Sobre la posición de Mitterrand, cf. BOZO, P.: *Mitterrand, la fin de la guerre froide et la réunification allemande de Yalta à Maastricht*, París, Odile Jacob, 2005.

<sup>45</sup> Cf., por ejemplo, DEL PERO, M.: *Libertà e impero. Gli Stati Uniti e il mondo (1776-2006)*, Roma-Bari, Laterza, 2008, pp. 387-398.

Comunidad Europea, no podía permanecer ajena. Para hacer frente a estos cambios, en torno a la mitad de los años ochenta, la Francia de Mitterrand y la Alemania occidental de Kohl, con la cooperación de otros socios comunitarios, consideraron que la construcción europea podía ofrecer, una vez más, una valiosa oportunidad y un instrumento eficaz. A partir de la Cumbre europea de Fointanebleau en 1984 y a través de episodios como la Cumbre europea de Milán de 1985, la conferencia intergubernamental de Luxemburgo, el acta única europea y el proyecto de unión económica y monetaria, la Europa comunitaria desarrolló su estrategia con el objetivo de permitir a la Comunidad jugar un papel relevante en un contexto internacional que se estaba transformando rápidamente<sup>46</sup>.

Este proceso, por otra parte, pareció encontrar sustento en los cambios producidos en la Unión Soviética, a partir de 1985, con la llegada al poder de Gorvachov y con la reanudación del diálogo entre Estados Unidos y la Unión Soviética, premisa de una distensión más profunda y duradera<sup>47</sup>. Si la Alianza Atlántica se quedaba en el fondo como garantía de la seguridad europea, la Comunidad Europea, aumentada y reforzada por la ampliación a los países de la Europa meridional, parecía imponerse a finales de los años ochenta como un importante actor económico y político en un contexto internacional más extenso, capaz de proyectar una moneda única que pudiera equipararse al dólar.

La caída del muro de Berlín y el fin del comunismo representaron acontecimientos en parte inesperados y cogieron por sorpresa a gran parte de los líderes mundiales por su rapidez. La Guerra Fría, que había empezado en Europa, encontraba en el corazón del continente europeo su conclusión y este hecho estaba destinado a caracterizar tanto el futuro de la construcción europea como la suerte de la Alianza Atlántica. Tras un breve periodo de tiempo, los dirigentes de la Europa comunitaria acordaron que el proceso de integración permitiría resolver del modo más indoloro posible la cuestión de la posición de la Alemania reunificada en un continente que ya no estaba dividido ni condicionado por las lógicas de la Guerra Fría<sup>48</sup>. Las negociaciones

---

<sup>46</sup> Cf., por ejemplo, DELORS, J.: *Mémoires*, París, Plon, 2003.

<sup>47</sup> GRAZIOSI, A.: *L'URSS dal trionfo al degrado. Storia dell'Unione Sovietica. 1945-1991*, Bolonia, Il Mulino, 2008, pp. 505-542.

<sup>48</sup> GARTON ASH, T.: *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent*, Nueva York, Random House, 2003.

para la redacción del Tratado de Maastricht con sus dos aspectos, el de carácter económico y el de naturaleza política, la creación de la Unión Europea (UE) y la perspectiva de la plena realización de la Unión Económica y Monetaria (UEM) representaban la respuesta eficaz de Europa a los nuevos equilibrios surgidos en el continente y fortalecían el papel de la Europa comunitaria en el escenario internacional<sup>49</sup>. Es significativo que este hecho fuera considerado favorablemente tanto por Washington como por Moscú. Para la administración americana, el posterior desarrollo de la construcción europea representaría un elemento de estabilización de un continente que estaba atravesando una rápida y, a veces caótica, fase de cambio. Desde el punto de vista de Gorbachov, desde finales de los años ochenta había existido la esperanza de que la Unión Soviética encontrase un camino para solucionar sus problemas y sus contradicciones internas a través de un vínculo más estrecho con la Comunidad. Para ambos, como para gran parte de los Estados miembros, la perspectiva de una mayor integración era la garantía de que la Alemania unificada no representaría un elemento de desestabilización en el viejo continente.

La desaparición de la República Democrática Alemana, el fin de los regímenes comunistas en la Europa centro-oriental, la disolución del Pacto de Varsovia y la disgregación de la Unión Soviética parecían destinados a poner en discusión la razón misma de la existencia de la Alianza Atlántica. Por otra parte, durante las negociaciones para Maastricht parecieron surgir las ambiciones de París y Bonn para que la futura Unión Europea adquiriera un papel no sólo económico y político, sino también militar, haciendo revivir la Unión Europea Occidental (UEO) e insertándola estrechamente en la UE. No todos los miembros de la Comunidad se mostraron favorables a esta iniciativa franco-alemana, y en 1991 se presentó por parte de Italia y Gran Bretaña una propuesta para que la UEO mantuviera fuertes vínculos con la OTAN. En este momento, para Londres y para Roma, la Alianza Atlántica ya no representaba la defensa en una situación de amenaza proveniente del este, sino una garantía en lo que respecta a un liderazgo franco-alemán demasiado marcado en el interior de la UE<sup>50</sup>. La OTAN mostraba entonces un aspecto que había estado presente, en

---

<sup>49</sup> DYSON, K., y FEATHERSTONE, K.: *The Road to Maastricht. Negotiating Economic and Monetary Union*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

<sup>50</sup> DUMOULIN, A., y REMACLE, E.: *L'Union de l'Europe Occidentale. Phénix de la défense européenne*, Bruselas, Bruylant, 1998.



gran medida, durante su vida, pero que, en parte, había permanecido implícito: precisamente, a causa de la disparidad en el potencial militar entre Washington y los aliados europeos, para muchos la Alianza Atlántica se había traducido entre ellos, a menudo, en una relación bilateral con Estados Unidos, en cuyo ámbito se había vislumbrado, también a menudo, una cierta «relación especial», así como un elemento a explotar en las relaciones con los propios socios europeos: el caso de Gran Bretaña y el de Italia eran claramente los más conocidos, pero esta tendencia atañía también a otros aliados menores. El resultado del Tratado de Maastricht, en lo que concierne a los aspectos de carácter militar, era, por otra parte, limitado: la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) seguía estando condicionada por la voluntad de cada gobierno, y los instrumentos a su disposición eran débiles e inadecuados frente a la aspiración de desarrollar una política de seguridad y, después, de defensa europea<sup>51</sup>. Por su parte, Estados Unidos no tenía interés en cerrar la experiencia del Pacto Atlántico: por un lado, la situación europea todavía se mostraba incierta y confusa, a pesar del fin de la Guerra Fría; por otro, la Comunidad de Estados Independientes, débil heredera de la Unión Soviética, permanecía dotada de un potente arsenal militar cuya suerte preocupaba no sólo a Washington, sino también a los aliados europeos de la OTAN<sup>52</sup>, y, por último, desde el punto de vista estadounidense, al extinguirse el enfrentamiento este-oeste y con la solución de la cuestión alemana, última herencia de la Segunda Guerra Mundial, la Alianza Atlántica era uno de los instrumentos gracias al cual Estados Unidos podía presentarse, todavía, como una potencia «europea» y tomar parte en la reorganización del viejo continente tras la caída del comunismo. Entonces, si en julio de 1991 se disolvía el Pacto de Varsovia, los miembros de la OTAN, por su parte, consideraban que la Alianza Atlántica debía permanecer viva, aunque empezaran a pensar en sus características y objetivos futuros.

---

<sup>51</sup> MALICI, A.: *The Search of a Common European Foreign and Security Policy*, Londres, Palgrave, 2008.

<sup>52</sup> GRAZIOSI, A.: *L'URSS dal trionfo al degrado...*, *op. cit.*, pp. 623-670.

## Atlantismo y europeísmo en la posguerra fría (1991-2009)

En el periodo que sigue al fin de la Guerra Fría, en particular en los primeros años de este siglo, se han manifestado en las relaciones transatlánticas algunas crisis graves que se han interpretado, a veces, como el fin de una relación «privilegiada» que había caracterizado la segunda mitad del siglo XX. Si la presencia de serias dificultades y de fuertes contrastes es un dato consumado, baste en ese sentido citar el caso de la intervención militar estadounidense en Irak, panorama que, en este momento, se presenta bastante complejo y deja abierta la cuestión de la esencia y el futuro de la relación entre europeísmo y atlantismo, dos dinámicas que continúan conviviendo, dialogando y estando ligadas por profundos intereses y condicionamientos recíprocos<sup>53</sup>.

En los años noventa, la Unión Europea, que se había convertido en 1995 en la Europa de los «quince» con la adhesión de Suecia, Finlandia y Austria (tres Estados fieles a los principios de neutralidad y que no formaban parte de ninguna alianza militar), parecía considerar la relación con Estados Unidos como un aspecto, en ese momento, de importancia menor. Tras un inicio no sin dolor, el Tratado de Maastricht parecía mostrar su propia validez y, a nivel económico, la UE se dispuso a realizar el ambicioso proyecto de una moneda única, a pesar del escepticismo, lleno de temores, de numerosos ambientes económicos estadounidenses. Más allá de las cuestiones económicas, la convicción de que, liberada de los condicionamientos de la Guerra Fría y la consiguiente «protección» estadounidense, Europa pudiera actuar más libremente en el escenario internacional quedaba confirmada por la tendencia de la Unión Europea a proponerse como el embrión de un Estado. En estos años fue fuerte el empeño, sobre todo de la Comisión, de subrayar el nacimiento de una «identidad» europea precisa, incluso en sus aspectos simbólicos y culturales: de la bandera al himno, a una política universitaria que exaltara la función «pacífica» de la UE a nivel internacional, hasta la proposición de una Europa como «potencia civil», intérprete de un «poder blando» en un mundo que se caracterizaría por el «multilateralismo», por el «triumfo» de la diplo-

<sup>53</sup> DEL PERO, M.: «L'ultima delle crisi transatlantiche: l'inizio di una nuova era?», en DEL PERO, M., y ROMERO, F. (coords.): *Le crisi transatlantiche...*, op. cit., pp. 111-132. Cf., además, VACCA, G. (coord.): *Il dilemma euro atlantico*, Bari, Dedalo, 2004.

macia y el derecho<sup>54</sup>. Por su parte, Estados Unidos, sobre todo la primera administración Clinton, pareció adecuarse a esta perspectiva en lo que concernía a las relaciones con Europa, que respondía a una visión de Estados Unidos, la única superpotencia que quedaba, lista para garantizar la paz y el nuevo orden internacional, pero de modo selectivo y evitando las intervenciones directas, excepto en casos de extrema necesidad<sup>55</sup>.

Este panorama, en apariencia positivo, en realidad se oscureció profundamente en el continente europeo debido a algunas crisis graves. En primer lugar, la inestabilidad en los Balcanes, que encontró su máxima expresión en los diferentes conflictos que se sucedieron dentro de la ex Yugoslavia. Desde su primera manifestación, de 1991 y 1992 en adelante, surgieron de manera siempre más evidente los límites de la PESC y la sustancial incapacidad de las principales naciones de la UE para reconocer una política común respecto a las «guerras yugoslavas» y para actuar de manera incisiva con el fin de resolver una crisis que se había abierto en las propias fronteras y en la que, al menos en una primera fase, Estados Unidos se había mostrado deseoso de no verse involucrado<sup>56</sup>. Si, además, la transición a la democracia en otras naciones ya pertenecientes al bloque soviético parecía menos dramática, durante los años noventa, la UE pareció desarrollar una política muy cauta, basada, en gran medida, en los aspectos económicos, y poco dispuesta a prever una rápida ampliación, incluso para ese grupo de naciones —Polonia, Hungría, República Checa— que parecían ofrecer mayores garantías de estabilidad, de aceptación de la economía de mercado y de democracia. Por último, no es posible omitir cómo en el fondo se situaban las crecientes dificultades en las que se debatía la Federación Rusa gobernada por Boris Yeltsin. El firme liderazgo de Putin parece hacer olvidar como, a finales de los años noventa, el temor a un colapso no sólo económico-financiero, sino también político, de Rusia se considerara una posibilidad real, con las posibles y evidentes repercusiones en zonas situadas en la periferia de Europa como, por ejemplo, el Cáucaso<sup>57</sup>. También en este caso, la UE no parece capaz de ir más allá del recurso a los tradicionales instru-

---

<sup>54</sup> Cf., por ejemplo, TELÒ, M.: *Europa potenza civile*, Bolonia, Il Mulino, 2004.

<sup>55</sup> CLINTON, B.: *My Life*, Milán, Mondadori, 2004.

<sup>56</sup> PIRJEVEC, J.: *Le guerre jugoslave (1999-2001)*, Turín, Einaudi, 2001.

<sup>57</sup> MEDVEDEV, R.: *La Russia post-sovietica. Un viaggio nell'era di Eltsin*, Turín, Einaudi, 2002.

mentos económicos propios de la Comunidad Europea. Una vez más, Estados Unidos se propuso, en particular durante el segundo mandato de Clinton, como factor de estabilización, y la OTAN jugó, en ese contexto, un papel nada secundario. De los acuerdos de Dayton a la intervención en el conflicto en Bosnia, a la guerra contra Serbia, la intervención estadounidense, el recurso al aparato militar y, en particular en el caso de Kosovo, el recurso a las estructuras de la Alianza Atlántica, parecieron demostrar la continua necesidad de una presencia de Washington en la determinación de los equilibrios europeos del periodo post-Guerra Fría, así como la validez de la Alianza Atlántica, que, sin embargo, era capaz de mostrar su propia eficacia sólo gracias al papel central desempeñado por Estados Unidos<sup>58</sup>. Por lo que respecta a Rusia, si existía una importante relación bilateral Washington-Moscú, por parte estadounidense se entendía que, con el fin de crear un «cordón sanitario» en la situación de una posible crisis interna grave en la Federación, sería oportuno apostar por una ampliación al este de la Alianza Atlántica. Esta perspectiva resultaba aceptable, por otra parte, para las naciones que ya pertenecían al Pacto de Varsovia no sólo porque eso garantizaría la propia seguridad, sino también porque representaba una forma de legitimación internacional que podría fortalecerlas en los contactos con la UE a la vista de la entrada en la Unión. Estados Unidos, en este caso, con pocos sacrificios obtenía amplias ventajas, tanto a nivel militar como a nivel político, mostrando un mayor grado de confianza y apertura en lo que respecta a los países ex comunistas que el mostrado por la UE y los principales Estados miembros. Por último, la transformación de la Alianza con la posibilidad de recurrir a acciones *out-of-area* permitía a Estados Unidos contar con una reforzada relación con los socios europeos de la OTAN en la defensa de los intereses de occidente que, en este momento, parecían destinados a coincidir con un contexto global<sup>59</sup>.

La reacción de la Unión Europea frente a esta confirmación de la centralidad del papel americano en el sistema occidental y al «renacimiento» de la OTAN se manifestó entre finales de los años noventa y

---

<sup>58</sup> PIRJEVEC, J.: *Le guerre jugoslave...*, *op. cit.*, *passim*. Sobre la acción americana, cf. ALBRIGHT, M.: *Madame Secretary A Memoir*, Londres, Pan Books, 2003.

<sup>59</sup> Sobre la evolución de la Alianza Atlántica, cf. DE LEONARDIS, M.: *Europa-Stati Uniti: un atlantico più largo*, Milán, Franco Angeli, 2001, e *id.* (coord.): *La nuova NATO: i membri, le strutture, i compiti*, Bolonia, il Mulino, 2001.

los primeros años de este siglo: en primer lugar, por lo que concernía a la situación europea, se cree que explotar los habituales instrumentos económicos y políticos de la integración aceleró el proceso de adhesión para los Estados candidatos de Europa central y oriental, y, en poco tiempo, se pasó al concepto de «big bang», que llevaría a la entrada en la UE de diez Estados a partir de 2004 y de otros dos en 2007<sup>60</sup>. Se intensificó el debate sobre la capacidad militar de Europa occidental. No podemos examinar aquí con detalle un proceso complejo y a menudo confuso, pero se apostó por constituir una «identidad de defensa» europea que, sin embargo, muy pronto se encontró frente al problema de cómo recurrir a los instrumentos ofrecidos por la OTAN intentando mantener una autonomía eficaz de la alianza, dada la tendencia de algunas naciones europeas, como Gran Bretaña e Italia, a querer preservar estrechas relaciones de colaboración bilateral con Estados Unidos en un marco que podría definirse, aunque de manera aproximada, como «atlántico»<sup>61</sup>.

Las contradicciones entre una renovada aspiración europea —al menos, de algunos entre los Estados miembros— a una mayor independencia de Washington también a nivel militar y la realidad representada por vínculos permanentes, consolidados por la OTAN, han resurgido de manera evidente tras el 11 de septiembre, en particular durante la primera administración Bush, hijo, a propósito de las características a imprimir a la guerra antiterrorista y del conflicto iraquí, pero, también más recientemente, con las diferentes evaluaciones acerca de la actitud que se debe hacia la Federación Rusa, la ampliación de la OTAN a Georgia y Ucrania, y el conflicto ruso-georgiano.

No podemos abordar aquí en detalle todo lo que ha ocurrido durante los últimos años. La elección de Barak Obama como presidente de Estados Unidos ha modificado aparente y nuevamente las relaciones entre Washington y Europa en sentido positivo. La administración demócrata parece tener la intención de cultivar buenas relaciones con la UE, aunque la atención de Washington parece estar

---

<sup>60</sup> SCARTEZZINI, R., y MILANESE, J. O. (coords.): *L'allargamento dell'UE nello scenario geopolitico europeo*, Milán, Franco Angeli, 2005, y MATTINA, L. (coord.): *La sfida dell'allargamento. L'Unione Europea e la democratizzazione dell'Europa centro-orientale*, Bolonia, Il Mulino, 2004.

<sup>61</sup> Sobre el tema de la presencia internacional de la UE véase la reciente contribución de LASCHI, G., y TELÒ, M. (coords.): *L'Europa nel sistema internazionale. Sfide, ostacoli e dilemmi nello sviluppo di una potenza civile*, Bolonia, Il Mulino, 2009.

dirigida más bien a la solución de la crisis económica interna y, a nivel internacional, a cómo desarrollar las relaciones con China. En lo que respecta a la OTAN, Washington parece tener la intención de dejar a un lado los temas polémicos, como una nueva ampliación de la Alianza en Europa y la instalación de un «escudo espacial» en las fronteras de la Federación Rusa, pero la OTAN, y, por tanto, la aportación militar de los aliados europeos, permanecen en el centro de la estrategia americana en Afganistán<sup>62</sup>.

Si bien parece que el liderazgo estadounidense se ha renovado tras las elecciones de 2008, la Unión Europea continúa viviendo una fase de gran incertidumbre interior y de escasa eficacia a nivel internacional.

En este ámbito, atlantismo y europeísmo sobreviven con sus estructuras, pero tanto la opción europea como la atlántica se muestran indecisas acerca de su identidad, su papel, sus fines últimos en un mundo en vías de transformación. Si la OTAN, sin embargo, aparece como un instrumento que puede mostrarse eficaz allí donde los objetivos a los que debe responder se definen de manera clara y coherente, es la Unión Europea, por el contrario, la que debe encontrar en su interior una razón de peso de su existencia. Sólo si se da esta condición será posible discutir, de manera eficaz y con resultados positivos, sobre la situación de la UE en las relaciones internacionales, su voluntad de crear una estructura defensiva real y el futuro de las relaciones con Estados Unidos. En caso contrario, tanto el atlantismo como el europeísmo están destinados a representar fenómenos predominantemente ligados al pasado.

Traducido por Mónica Granell (Universitat de València).

---

<sup>62</sup> Sobre las relaciones entre la UE y la OTAN, cf. REICHARD, M.: *The UE-NATO Relationship A Legal and Political Perspective*, Aldershot, Ashgate, 2006.